



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 18082

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extrañ
fo.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SÁBADO 12 DE FEBRERO DE 1888

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

CAMILO PÉREZ LURBE

12, CASTELLINI, 12

Material completo para minas,
obras públicas, agricultura
y construcción.

Instalaciones de máquinas de ex-
tracción y desagües. Especialidad
en cables y cuerdas de ahacá, acero
y hierro.

Vías, rails, wagonetas, picos,
martillos, azadas, legones, palas,
barrenas, etc.

Bombas, fraguas, poleas, mandri-
les y toda clase de maquinaria.

INTERESANTE

Ha regresado á esta el afamado
y conocido especialista en las en-
fermedades de la boca,

DR. OVIDIO CIGNI COMASTRI,

que ofrece sus servicios á su nu-
merosa clientela y al público en
general.

Calle Honda, 11, principal.

Consulta permanente y á domicilio.

IMPRESION

SATISFACTORIA

Todos los telegramas que se re-
ciben de Cuba relativos á la visita
que ha hecho el general Blanco
á las provincias sublevadas con-
cuerdan en dos extremos: en que
la impresion que el general ha sa-
cado es altamente satisfactoria y
que la insurrección decae de un
modo visible.

No estamos nosotros en Cuba, ni
siquiera la conocemos, y tenemos
impresiones idénticas, es decir op-
timistas.

Comparando lo que ocurría ha-
ce algún tiempo con lo que aho-
ra ocurre, se nota tan grande di-
ferencia, que no hay más reme-

dio que confesar, pese á todos los
pesimismo conque nos preten-
den asustar los pusilánimes, que
la revolucion va de vencedora y es-
tá dando las boqueadas. Si se sos-
tiene aun, y se sostendrá algún
tiempo en los sitios menos accesí-
bles á las columnas, es debido á
la ayuda que le presta el elemen-
to filibustero de los Estados Uni-
dos y á las especialísimas condicio-
nes del terreno, muy apropiado
para la guerra de emboscadas á
que tan aficionados se manifiestan
los mambises.

Obsérvase en los momentos ac-
tuales que han disminuido los en-
cuentros; parece como si en la
larga y porfiada contienda que se
libra entre cubanos rebeldes y es-
pañoles se hubiese abierto un pa-
réntesis, una suspensión de hos-
tilidades para dar paso á otra ac-
ción mas dulce y menos sangrien-
ta. Y obsérvase también que no
se repiten en estos momentos, que
parecen de descanso provisional,
precursor de otro más definitivo,
la labor terrible á que se han en-
tregado los rebeldes en otras oca-
siones, incluso en aquellos memo-
rables días en que el general Mar-
tinez Campos pretendía sin conse-
guirlo, cortar el paso á los expedi-
cionarios de Oriente.

En efecto, al galopar de los ca-
bellos avanzaban las fuerzas insu-
rrectas, cada uno de los rebel-
des iba provisto de la incendia-
ria tea y mientras con la una ma-
no esgrimía el tajante machete,
con la otra quemaba los cafetales,
los maizales, los campos de caña,
no librándose de aquel desas-
tre ni las poblaciones que brin-
daban con el cómodo albergue ni
los talleres en los cuales encontra-
ban trabajo los obreros.

La no repelición de estos suce-
sos en época como la presente,
en que los batallones estan en cua-
dro, indicia bien á las claras que
la revolucion ha perdido sus ener-
gias ó que los cabecillas buscan

la manera de presentarse sin
riesgo.

Si es lo uno ó lo otro el tiempo lo
dirá; pero nos parece que ni el pro-
cedimiento guerrero puede abro-
garse el resultado, ni el procedi-
miento político puede usarse con
la victoria.

Los dos combinados si pueden
concurrir al hecho de la pacifica-
ción.

GLORIAS NACIONALES

Vuelve á poder de los liberales
la villa de Ager.

12 Febrero de 1832.

Por hallarse en poder de los carlistas
la villa de Ager, en Febrero de 1832—
defendida por el batallón que mandaba
el cabecilla Castels—el general del ejér-
cito de la reina, baron de Meer, marchó
sobre ella con el propósito de tomarla.

El 10 del mencionado Febrero llegó á
las cercanías de Ager el ejército liberal,
y el 11 al amanecer ya tenía colocada
su artillería en puntos convenientes.
Roto el fuego por ambas partes en este
día, unos y otros se batieron con intre-
pidez y arrojo, logrando los cañones li-
berales abrir brecha en las defensas
carlistas. El día 12 dió el de Meer la ór-
den para el asalto general, y lanzadas
á él las tropas, víose que si bizarros y
valientes eran los de la Reina, no lo
eran menos las del Pretendiente, moti-
vo por el cual ambas pelearon brava-
mente largo tiempo, terminando el
combate con la retirada de los acomete-
dores. A pesar del halagüeño resultado
que para ellos tuvo tan empeñada lu-
cha, los carlistas comprendieron cuan
grande era su desventaja ante las
huestes sitiadoras; y con buen acuerdo
resolvieron abandonar la villa, lo cual
efectuaron á la vista del enemigo y sin
que este les molestara, antes de que
amaneciera el día 13.

El héroe de la jornada fué el enton-
ces capitán D. Juan Prim, más tarde
marqués de los Castillejos. Cuando se
dió el asalto, puesto al frente de varia-
compañías, se arrojó, con la bravura y
con el heroísmo en él peculiar, sobre un
reducto bien defendido.

—Seguidme, seguidme, compañeros
—gritaba á los soldados que le seguían.
—Allí, en aquel reducto, está el triunfo
de nuestra causa y la gloria del Ejér-
cito español. Tomémosle y seamos noso-
tros los primeros que penetren en esa
villa. La Patria y la Reina premiarán
vuestro heroísmo.

Sugestionados los soldados por las
palabras de su capitán, siguieron con
decisión, y don él tomaron el reducto
que tenían delante, ébrios de entusias-
mo y admirados de la valentía del que
años después había de ser idolo del
pueblo español.

César.

(Prohibida la reproducción).

Policía Minera

Es de interés para la minería la si-
guiente circular de la Dirección ge-
neral de Agricultura, Industria y Co-
mercio.

«ltmo. Sr: En la necesidad de llevar
á la práctica en plazo breve el Regla-
mento de Policía Minera publicado por
Real decreto del 15 de Julio último, con
el fin de regular la ejecución de las di-
versas y variadas disposiciones que en
el mismo se mencionan, esta Dirección
general ha dispuesto que, con la pre-
mura y brevedad posibles, se formulen,
por esa Junta de su digno cargo, las
instrucciones previas, á las que juzgue
oportuno deben sujetarse, para la apli-
cación del indicado Reglamento, todos
los funcionarios del Cuerpo de Ingenie-
ros de Minas, los del auxiliar subalter-
no y también los individuos del de ce-
ladores á que se refiere el artículo 16
del referido Reglamento ya en el uso
de las atribuciones propias y peculiares
á cada uno de los mencionados funcio-
narios ya en el de los relacionados con
los dueños de las minas, canteras, fá-
bricas metalúrgicas y talleres de pre-
paración mecánica, así en lo que sea
pertinente á los establecimientos en sí
propios como en lo que afecte á los mo-
tores, aparatos de extracción, arrastre,
transporte, iluminación y demás máqui-
nas de todas clases existentes en aque-
llas y dedicada á usos minero-metalúr-
gicos. Al propio tiempo y con el objeto
de que gocen de la uniformidad con-
veniente al mejor servicio, procederá

también ese Centro consultivo á la re-
dacción en la forma más sencilla y ade-
cuada al fin que se destinan, de los mo-
delos de libros de visita y cuantos do-
cumentos conceptúa necesarios, sin ser
superfluos, que deban entrar en juego
en la práctica del referido Reglamento.

Madrid 16 de Diciembre de 1897.—
M. Manuel Gomez Sigura.—Sr. Presi-
dente de la Junta Superior Facultativa
de Minería.»

EL ALMIRANTE OQUENDO

Señalada victoria, logró en 12 de
Septiembre de 1812, el entendido y va-
leroso guipuzcoano D. Antonio de
Oquendo, que en cumplimiento á lo or-
denado por Felipe IV marchó en se-
guimiento de la escuadra holandesa, re-
gida por el presuntuoso general Adrián
Hans-pater, que venía perseguyendo y
perjudicando nuestra marina mercante.
En la costa del Brasil, hacia Pernam-
buco y bahía de Todos Santos, encon-
tráronse ambas escuadras, y á pesar
de ser la bñtava muy superior en na-
vos y equipajes á la nuestra, no dudó
en aceptar la batalla el valeroso y há-
bil Oquendo.

Abordados las dos Capitanas, tra-
bóse una lucha sangrienta y espantosa
por espacio de ocho horas, y al fin ven-
cen nuestros héroes marinos, quedando
sepultado en el mar el general enemi-
go y en manos de los españoles el es-
tandarte holandés.

Este triunfo que inmortalizó al Almir-
ante Oquendo, es una de las más pre-
claras páginas de la Armada española.

Lo que cuestan las huelgas.

No ignoran nuestros lectores que ha
terminado la huelga monstruosa iniciada
en Inglaterra por los obreros mecáni-
cos de Londres, que dió origen á su protesta
reclamando la jornada de ocho horas.

Fué el pretexto entre patronos y
obreros para liquidar las diferencias

CARLOS II EL HECHIZADO

447

sino que tambien, y para complemento de su des-
gracia, porque acababa de recibir un recado de Er-
nesto, pidiéndole una última entrevista en la media
noche del inmediato día.

La desgraciada niña estaba abrumada de dolor,
cuando una doncella que tenía á su inmediato ser-
vicio, penetró en la estancia con un papel en la
mano.

—Señorita, dijo al verla tan abatida.

—¿Qué hay? preguntó Ana alzando la cabeza.

—Un lacayo acaba de entregarme este billete pa-
ra que lo ponga en sus manos.

La joven se estremeció creyendo que aquel papel
tendría alguna relación con sus sentimientos, y se
apresuró á desdoblárla.

La mano de una mujer había trazado estos mal
seguros renglones con perfiles delicados.

—Señorita: teniendo un inmenso interés en ha-
blar con vos tan solo un momento, espero seréis
tan bondadosa que me concederéis el honor de pa-
sar á veros reservadamente.

—Aguarda vuestra contestación en la puerta de
esta casa, quien desea conocer con ansiedad

DIANA DE CLERAMBAUT.»

Ana no supo explicarse lo que aquella carta sig-

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 446

taba de una parte á otra, no acostumbrada á ver
los coches correr con tanta velocidad, no dejó de
lanzar una curiosa mirada al fondo del espacioso
vehículo, descubriendo en él una dama reclinada
tristemente.

La dama era muy hermosa, y aparentaba perte-
necer á la alta grandeza por el modo que tenía de
ir cubierta con su manto de seda, entre cuyos plie-
gues parecía ocultarse.

Por último, el carruaje fué á detenerse precisa-
mente en la puerta de la señora marquesa de Monte-
Azul.

El lacayo que ocupaba la trasera descendió con
rapidez, llegó á una de las portezuelas, por la cual
asomó una mano blanca y trémula, dejando caer un
billete. Al mismo tiempo se oyó una voz pura y ar-
gentina que pronunciaba estas palabras:

—Para la señorita Ana Alvarado.

El lacayo hizo una señal de respetuosa intelligen-
cia y entró en el palacio de Monte-Azul.

Ana permanecía en su habitación, pues aun era
muy de mañana para reunirse á la señora marque-
sa, la cual en aquella hora acostumbraba ir á misa.
Estaba deverada por una mortal inquietud, no so-
lamente porque en aquel día se cumplían exacta-
mente los dos meses de la partida de sus hermanos,

CARLOS II EL HECHIZADO

445

esperan con la vuelta de esos jóvenes. Vos tendreis
vuestro aprendizaje en la escuela del amor. Despues
pasareis á practicar el ejercicio de la caza, como un
simulacro de la vida activa y enérgica que debéis
seguir; se desarrollará en vuestro cuerpo la sávia
fecunda de vuestros antepasados, y tal vez llegueis
á immortalizaros como Carlos V en las batallas y Fe-
lipe II en el consejo.

Aquel perdido lenguaje hirió todas las fibras del
rey; se estremeció de entusiasmo como el caballo al
oír el clarín del combate: pero aquel entusiasmo era
un rayo falaz sin luz propia que lo vivificase.

—¡Oh! me vuelves á la vida, exclamó, solo temo
en estas cosas faltar á la reina.

—No hay falta cuando los fines son santísimos.

—Ese consejo lo he oido algunas veces en los li-
bros de mi confesor.

—Es un axioma antiquísimo. ¿Está V. M. contento?

—Si.

—¿Espero que no retrocederéis?

—¡Retroceder yo!... Amo mucho á Enriqueta. Pe-
ro es preciso que la corte no sepa nada; pues si mi
esposa trasluciese algo, sufriría mucho.

—Descuide V. M. Nadie será testigo de lo que va-
mos á hacer.

—Se me ocurre otra dificultad, exclamó Carlos
hovándose un dedo á la frente.